

La ecología política del progresismo sudamericano: los límites del progreso y la renovación verde de la izquierda

Eduardo Gudynas

147

Después de una larga marcha, diferentes agrupamientos partidarios que se definen como progresistas o de izquierda conquistaron los gobiernos en la mayoría de los países de América del Sur. Siguiendo ritmos y énfasis diversos, hacia fines de la década de 2000 se alcanzó un máximo de ocho países bajo gobiernos progresistas. Esta izquierda gobernante debió enfrentar urgencias y desafíos que ha sorteado de distinta manera. Mientras que en áreas como la lucha contra la pobreza se han cosechado varios éxitos, el campo de la temática ambiental revela una situación más compleja: la calidad ambiental continuó deteriorándose, y se repiten los reclamos desde la sociedad civil (en algunos casos incluso se retomaron las protestas ciudadanas). De esta manera, la cuestión ambiental se ha vuelto uno de los desafíos para la izquierda sudamericana contemporánea.

Las reflexiones teóricas en ecología política también han sido muy limitadas. Más allá de llamados genéricos a la defensa del ambiente o campañas centradas en cuestiones como el cambio climático, existen pocos análisis conceptuales recientes generados desde el seno de la izquierda sobre la temática ambiental. Por lo tanto, este tipo de reflexión es tanto urgente como necesaria.

El presente ensayo es una contribución a ese tipo de análisis. Se ofrece un apretado resumen de la política y gestión ambiental sudamericana enfocada en los gobiernos progresistas, y desde allí se analizan

algunos aspectos conceptuales y teóricos que enfrenta la izquierda ante la temática ambiental. En especial se considera la permanencia de la ideología del progreso y su reconfiguración actual, de donde se dejan en evidencia algunos nudos conceptuales de la tradición socialista cuando debe lidiar con la temática ambiental. Es importante advertir que no se intenta evaluar en detalle el desempeño ambiental de los gobiernos progresistas, ni tampoco se aspira a revisar todas las vinculaciones entre la izquierda y el ambientalismo. El alcance de este ensayo se limita a señalar algunas de las tensiones conceptuales más importantes en el momento actual.

Se observa que los gobiernos de izquierda no han logrado una mejora sustancial en la política y gestión ambientales, en especial debido al nuevo extractivismo que está en marcha en varios países. El debate político sobre los temas ambientales ha sido limitado y los intentos de renovación conceptual, como los del "socialismo del siglo XXI", ignoran o no incorporan adecuadamente la temática ambiental. De esta manera, se repiten las estrategias convencionales de apropiación de los recursos naturales, especialmente ligados a la exportación de materias primas y la minimización de los impactos ambientales, y vuelve así a surgir la ideología del progreso.

Una perspectiva de izquierda que incorpore la temática ambiental de manera sustantiva obliga a revisar ideas tradicionales, como la fe en el progreso perpetuo, la posibilidad de un futuro de abundancia o las resistencias frente a la ética ambiental. Por lo tanto, entre otras cosas, es necesario reconocer la inminencia de un mundo de escasez y limitaciones ecológicas, la obligación de abandonar la dependencia económica exportadora de materias primas, de articularse con la diversidad social y cultural del continente, y de profundizar las posturas éticas alternas, reconociendo los valores intrínsecos en la naturaleza.

Izquierda y ambientalismo: antecedentes clave

En América del Sur, la prédica ambientalista cobró creciente relevancia por lo menos desde la década de 1970, expresándose en distintas organizaciones ciudadanas, partidos verdes, asociaciones académicas en temas ecológicos y respuestas institucionales y normativas de diverso tipo, tanto a escala nacional como internacional. En ese largo camino, las relaciones entre la militancia verde y el amplio campo político de la izquierda latinoamericana han mostrado distintas facetas, tanto encuentros como desencuentros.

Así como la izquierda es plural, otro tanto sucede en el ambientalismo, donde diferentes corrientes navegan desde distintas inspiraciones filosófico-políticas. Apelando a una definición amplia de la izquierda, entendida como corriente comprometida con la igualdad y la justicia (en el espíritu de Bobbio, 2001), también existen ambientalismos inscritos en esa misma perspectiva, ya que defienden una justicia social y ambiental.

En tanto la experiencia de partidos verdes no fructificó (salvo excepciones, como en Brasil), muchos actores destacados del movimiento ambientalista apoyaron, directa o indirectamente, a distintos partidos de izquierda o progresistas. Esto fue particularmente visible en algunos momentos, como la redemocratización de los países del Cono Sur, el debate constituyente en Brasil o en los picos de mayor oposición a las reformas neoliberales que estaban en marcha en varios países a lo largo de las décadas de 1980 y 1990. En estos y otros casos, los discursos del ambientalismo y de la izquierda encontraron múltiples resonancias, tales como el rechazo al reduccionismo del mercado, las denuncias sobre la situación rural, la condena de la desigualdad social o el reclamo de una democratización radical. Incluso se generaron amplias coordinaciones entre ambientalistas y otros movimientos sociales y agrupamientos políticos, como por ejemplo las campañas contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) promovida por Estados Unidos. De esta manera, por vías directas o indirectas, existieron encuentros "rojo" y "verde" que contribuyeron al recambio político que tuvo lugar en los últimos años y que desembocó en los gobiernos de la nueva izquierda.

Al inicio de la década de 2000, la influencia de esos sectores en el seno de varios partidos de izquierda fue muy importante. Por ejemplo, el Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil elaboró varias propuestas ambientales, diversas organizaciones y personalidades ambientalistas apoyaron activamente la Alianza País en Ecuador o el Movimiento al Socialismo (MAS) en Bolivia, e incluso, en el programa del entonces Encuentro Progresista-Frente Amplio de Uruguay, se ofrecían diferentes propuestas ambientales.

Esta situación fue muy distinta a lo que se observaba en la década de 1970 e inicio de los años ochenta. En aquel tiempo prevalecían los desencuentros, ya que buena parte de la izquierda convencional latinoamericana consideró que las demandas ambientales eran un obstáculo para el desarrollo o una banalidad propia de una burguesía acomodada que no entendía a los sectores populares ni las urgencias de la revolución popular. Los casos más claros fueron los repetidos rechazos a la idea

de límites al crecimiento económico que se originaron desde América Latina y, en especial, desde grupos que se autodefinían como socialistas, como los promotores del Modelo Mundial en la Fundación Bariloche (véase la revisión histórica en Gudynas, 2003).

Situación ambiental bajo los gobiernos progresistas

Hacia la segunda mitad de la década del 2000, la izquierda (o los gobiernos que se autodefinían de esa manera) gobernaba en ocho países: Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Paraguay, Uruguay y Venezuela (sobre la diversidad de estos gobiernos, véase, por ejemplo, Saint-Upéry, 2008). Es necesario, por lo tanto, examinar algunos de los aspectos sobresalientes de la problemática ambiental en este nuevo escenario.

Como estos agrupamientos políticos llegaron a los gobiernos criticando a sus antecesores conservadores, especialmente por sus reformas neoliberales, muchos esperaban cambios sustanciales. Bajo la reforma de mercado, se debilitaron las políticas ambientales y se entorpeció el fortalecimiento normativo. Pero los resultados no satisficieron esas expectativas.

En efecto, comenzando por la arquitectura institucional, se enfrenta un panorama variado y complejo. Un avance en ese aspecto tuvo lugar en Chile, con la creación del Ministerio del Ambiente, y la nueva normativa (aprobada en enero 2010) de creación de un Servicio de Evaluación Ambiental y una Superintendencia del Medio Ambiente, además de un Tribunal Ambiental (todavía pendiente). En el caso boliviano, se aprecia primero un retroceso y luego un avance: en la primera etapa de la administración de Evo Morales, se desmembró el ministerio encargado de los temas ambientales, se generó una gran incertidumbre sobre las competencias en esa área, aunque después de la reforma constitucional tuvo lugar un avance al crearse el Ministerio del Medio Ambiente y Agua. En otros casos, se han realizado cambios sustanciales, cuyo resultado todavía es muy incierto. Tal es el caso del desmembramiento del Instituto Brasileño del Medio Ambiente (IBAMA), para dividirlo en dos agencias: por un lado el IBAMA, y por el otro el Instituto Chico Mendes de Conservación de la Biodiversidad. Finalmente, en países como Argentina y Uruguay se ha mantenido esencialmente la misma estructura institucional.

Desde el punto de vista normativo, se destacan los ya mencionados cambios en Chile, pero deben sumársele especialmente las reformas

constitucionales en Ecuador y Bolivia. La nueva constitución ecuatoriana de 2008 es la que ofrece las novedades más impactantes y muchas de ellas son producto de un encuentro positivo entre las posturas políticas y filosóficas del progresismo con las del ambientalismo. En ese caso se reforzaron los derechos ciudadanos vinculados al ambiente y la calidad de vida, se reconoció por primera vez los derechos de la Naturaleza (incluyendo derechos a la restauración ambiental) y se equiparó el concepto de Naturaleza con el de Pachamama. De esta manera, esa nueva constitución se convierte en el primer ejemplo concreto del reconocimiento de una postura biocéntrica (Gudynas, 2009). El texto constitucional ecuatoriano es, sin duda, uno de los pasos más importantes en materia ambiental en el continente.

En contraste, más allá de los titulares de la prensa, la nueva constitución boliviana, promulgada en 2009, mantiene una aproximación convencional basada en los derechos de tercera generación vinculados al ambiente y, por lo tanto, no ofrece innovaciones similares al caso ecuatoriano. Pero esta constitución es, además, contradictoria. En varios artículos se indica que una de las finalidades del Estado es la "industrialización" de los recursos naturales. Consecuentemente, algunas medidas de protección ambiental o de defensa de áreas naturales podrían incluso llegar a ser inconstitucionales al impedir el aprovechamiento de esos recursos.

Cuando se repasa la gestión ambiental, la situación es todavía más compleja y se hacen más evidentes las tensiones y disputas. En todos los países bajo gobiernos progresistas persisten diversos problemas ambientales. En unos pocos casos se lograron avances puntuales, como pueden ser nuevas áreas protegidas, tratamiento de residuos sólidos en algunas ciudades o nuevas plantas de tratamiento de efluentes. Pero en la mayor parte de los sectores la situación se mantiene más o menos igual que en el pasado, o hay retrocesos. Por ejemplo, en Brasil se logró una reducción en el ritmo de deforestación amazónica, pero la situación ambiental de otras ecoregiones, especialmente el Cerrado, empeoró por el avance de la ganadería y la soja.

En varios países se apela a la llamada "flexibilización" de la normativa y controles ambientales, sea por acciones directas (como reformular las evaluaciones de impacto ambiental), sea por la débil aplicación y seguimiento de leyes, reglamentos, fiscalización o sanción de los infractores (CLAES, 2010).

Es particularmente alarmante la situación de los sectores extractivos clásicos, como la minería e hidrocarburos, junto a una nueva agricultu-

ra de monocultivos intensivos de amplia cobertura geográfica. Mientras que en los países bajo gobiernos conservadores se mantienen estrategias convencionales (estos son los casos de Colombia o Perú), lo más llamativo ha sido la aparición de un "neo-extractivismo" de estirpe progresista (Gudynas, 2009b). En estos casos hay un retorno del Estado que se expresa de variadas maneras: puede ser el aumento de regalías o impuestos (como sucedió en Bolivia, Ecuador y Venezuela), la reactivación o refundación de las empresas estatales (Argentina y Bolivia), o incluso el financiamiento desde el propio Estado (Brasil). Los gobiernos progresistas se presentan como mejores promotores del extractivismo y más eficientes en lograr que genere crecimiento económico. Incluso, alientan su profundización, como ocurre, por ejemplo, en los proyectos estatales de explotación de hierro y litio en Bolivia. A su vez, estos gobiernos insisten en que capturan una mayor proporción de la riqueza económica y que ésta es utilizada, sobre todo, para financiar diferentes programas sociales, especialmente bonos en dinero a los sectores más pobres o vulnerables. Bajo esta vinculación se logra una importante legitimación política, jugándose con la idea de que el extractivismo pasaría a ser un ingrediente necesario para lograr la justicia social que siempre ha defendido la izquierda.

Pero, simultáneamente, este nuevo extractivismo repite los impactos sociales y ambientales de su antecesor, como son la contaminación de suelos y aguas, la deforestación, la pérdida de la biodiversidad, los efectos sobre la salud humana, etc. (para el caso ecuatoriano, véase, por ejemplo, Acosta, 2009). Reaparecen así las "economías de enclave" volcadas a la exportación, pero que no son efectivas en generar encadenamientos productivos, demandan poco empleo y generan muchas externalidades. En consecuencia, se mantienen las disputas territoriales y persisten impactos negativos que afectan a las comunidades locales, sin que éstas en muchos casos reciban beneficios palpables. De esta manera, alrededor del neo-extractivismo se elevan muchas críticas desde el flanco ambiental a las prácticas concretas de los gobiernos progresistas (Gudynas, 2010).

El balance de los diferentes factores en juego desemboca en una grave situación ambiental en América del Sur. Una reciente evaluación internacional indica que Brasil es el país con el más alto nivel de impacto ambiental absoluto a nivel global. Otros seis países sudamericanos le siguen entre los 30 primeros casos más graves (Perú, Argentina, Colombia, Ecuador, Venezuela y Chile; ver Bradshaw et al., 2010). Considerando el impacto ambiental relativo, la peor situación se observa

en Ecuador, que ocupa el puesto 22 a nivel global (Bradshaw et al., 2010).

Entre los problemas ambientales más evidentes en los países bajo gobiernos progresistas se pueden mencionar la minería y la soja en Argentina; la deforestación, la minería local informal, la toma ilegal de tierras, los monocultivos y diversas formas de contaminación en Brasil; la deforestación y la minería en Chile; la pérdida de áreas silvestres, la nueva minería y las represas en Bolivia; la minería, la extracción de petróleo y la deforestación en Ecuador; el uso de plaguicidas en Uruguay; y la minería, la deforestación y algunas obras de infraestructura en Venezuela.

No es posible afirmar que los gobiernos progresistas hayan mejorado sustancialmente la gestión ambiental. Eso explica que se repitan las alertas y demandas desde las organizaciones ambientalistas que, en algunos casos, se convierten en conflictos intensos. Esas expresiones dependen de las prácticas políticas y de las formas de protesta social propias de cada país, de su cultura política, del grado de institucionalidad del sistema político y de la legitimidad que alcanzan los actores partidarios. Allí donde el entramado partidario y estatal es más débil, las demandas sociales derivan más rápidamente hacia la protesta (como en Argentina o Ecuador), mientras que allí donde es mayor la confianza en los partidos y el Estado, existen canales alternos para elevar reclamos ambientales, sean partidarios o administrativos (como sucede en Chile o Uruguay).

En tanto persisten los efectos ambientales negativos, se genera una tensión inevitable entre los estilos de desarrollo que promueven los gobiernos progresistas y los impactos ambientales, y entre las corrientes políticas que sustentan esos gobiernos y la valoración de la sociedad.

Una "disputa verde" en el progresismo gobernante

Es común afirmar que los gobiernos progresistas enfrentan "disputas" sobre las estrategias de desarrollo que se deberían seguir, en particular referidas a las medidas económicas. De la misma manera, podría hablarse de "disputas verdes" en el seno de esos gobiernos. La tendencia prevaleciente de profundizar un desarrollo convencional basado en la apropiación de la Naturaleza, tal como se expresa bajo el neo-extractivismo, es uno de los principales temas en disputa.

Uno de los casos más claros ocurrió en Brasil, en el seno del gobierno de Lula y del propio PT, como lo evidenciaron los reclamos de la entonces ministra del ambiente, Marina Silva. Las diferencias de la ministra frente al gobierno se centraron en cuestiones como el proceso de

aprobación de productos transgénicos o el manejo de los programas de conservación en la Amazonia. Finalmente, Silva renunció en agosto de 2009 al PT, para ser más tarde candidata presidencial por el Partido Verde.¹ Como obtuvo casi el 20% de votos en la primera ronda electoral (casi 20 millones de votantes), los otros dos grandes conglomerados debieron incorporar algunos temas ambientales, incluyendo manifiestos en ese sentido por Dilma Rousseff, candidata del PT. Si bien Rousseff ganó las elecciones, a nadie escapa que siendo ministra fue una de las principales opositoras a las medidas ambientales que proponía Silva.

Otras discusiones se han observado, por ejemplo, en el seno del gobierno de Rafael Correa en Ecuador (especialmente referidas a la propuesta de moratoria petrolera en el ITT-Yasuní) o en Bolivia, como ha sucedido con grupos indígenas que apoyaban al MAS, pero que se han

distanciado debido a la forma en que el gobierno maneja los recursos naturales en sus territorios (incluyendo una nueva marcha por la dignidad y el territorio, las que tradicionalmente se hacían contra los gobiernos neoliberales).

Mucho más apagada ha sido esa discusión en el seno de los agrupamientos gobernantes de Argentina o Chile. Por ejemplo, en Chile cobró mayor notoriedad durante la campaña electoral de 2009, debido a que el candidato presidencial de la izquierda disidente, Marco Enríquez Ominami, introdujo algunos temas ambientales clave.²

Finalmente, esa disputa ha estado casi ausente en otros países. El ejemplo extremo es el Uruguay gobernado por el Frente Amplio. En la reciente campaña electoral de 2009, su plataforma electoral simplemente no incluyó una sección ambiental. Seguramente este es el primer partido de izquierda que, en el siglo XXI, no reconoce la relevancia de esa temática.

Aparece así una tendencia donde, si bien en algunos casos emerge una "disputa verde" al interior de la fuerza gobernante y de su base partidaria, finalmente la balanza se mueve hacia los posturas desarrollistas clásicas. Los

1. En su carta de renuncia, Silva advierte sobre los "equivocos de la concepción de desarrollo centrada en el crecimiento material a cualquier costo, con ganancias exacerbadas para unos pocos y resultados perversos para la mayoría, a costa en especial de los más pobres y de la destrucción de los recursos naturales y de la calidad de vida". Asimismo, reconoce que en el seno del gobierno de Lula "faltaron condiciones políticas para avanzar en el campo de una visión estratégica, o sea, en hacer que la cuestión ambiental se alojara en el corazón del gobierno y del conjunto de las políticas públicas" (traducción del original portugués a cargo del autor).

2. Entre sus propuestas se encontraban reformas del sistema de evaluación ambiental y de la fiscalización ambiental, el establecimiento de la figura legal del delito ambiental y una reforma constitucional que consagrara el derecho y protección de los animales.

que buscan defender las posturas ambientales usualmente son superados por los que promueven los usos convencionales de los recursos naturales, ya que son mayoría en esos gobiernos, pero además logran apoyos directos o indirectos de otros conglomerados políticos convencionales, de distintos académicos y de muchos grupos empresariales. La disparidad de peso político es evidente, y eso explica que las medidas ambientales casi siempre queden en segundo plano.

La izquierda gobernante, de esta manera, deriva hacia un pragmatismo que concibe como imprescindible alimentar el crecimiento económico por medio del aumento de las exportaciones, razón por la que se debe mantener, o incluso acelerar, el ritmo de extracción de recursos naturales. Desde tal perspectiva, esto es necesario para mantener el dinamismo económico y recaudar fondos para los programas contra la pobreza. Es cierto que hay una mayor presencia estatal en la captación de excedentes, pero el Estado termina necesitando esos emprendimientos para poder financiarse. Los gobiernos progresistas se han alejado del espíritu de la izquierda clásica con sus estrategias de desarrollo, y en especial bajo el neo-extractivismo, al mantener estilos primarizados, recostados sobre enclaves exportadores y subordinados al comercio y la inversión internacional. Pero intentan regresar a posturas de izquierda con sus programas de acción social. Sin embargo, su justicia social se basa cada vez más en planes de transferencias monetarias, acentuándose la perspectiva de una justicia que es económica e instrumental, con lo que se reducen las opciones para una dimensión ecológica de la justicia.

El ambiente en los intentos de renovación teórica

Actualmente están en marcha distintos intentos de innovación teórica en la izquierda sudamericana. Entre ellos se destacan los aportes sobre el "socialismo del siglo XXI". Bajo ese amplio conjunto sobresalen algunos autores, como Atilio Borón (2008), Heinz Dieterich (2008) y Juan C. Monedero (2008). Es oportuno, por lo tanto, examinar si en esos esfuerzos aparecen las cuestiones ambientales.

Todos estos autores tienen como común denominador una fuerte crítica del capitalismo, aunque sus propuestas de alternativas son diversas (algunas son genéricas, otras repiten lugares comunes y sólo en unos pocos casos se logran precisiones). Pero en cuanto a la temática ambiental, ni Borón ni Dieterich la abordan en detalle, mientras que

Monedero solo indica que "los socialismos" del siglo XXI deberían enfocarse en la sustentabilidad y el ecologismo, pero no define esos aspectos, ni elabora sus implicaciones (para comentarios adicionales, véase Gudynas, 2010).

El examen de esos aportes indica que el "socialismo del siglo XXI" sigue sin entender la temática ambiental, no han aprovechado las reflexiones de otros autores y el diálogo con otras iniciativas propias de América Latina es escaso. Por ejemplo, no se reconocen las propuestas del colombiano Fals Borda (2007) sobre un socialismo "ecológico" y "raizal" (entendido como una apelación a las raíces históricas y culturales de los pueblos). Aunque este autor no elabora esa idea, es evidente que apunta en otro sentido. Tampoco analizan varios otros aportes puntuales que vinculan socialismo, marxismo y temas ambientales —tan solo como ejemplo sudamericano, se pueden citar a Alimonda, 2001; Capriles, 2007; o Sabbatella, 2010; mientras que a nivel internacional se destacan casos como los de O'Connor, 1998, o Foster, 2004—. Posiblemente las elaboraciones más detalladas se encuentran en Michael Löwy, un sociólogo brasileño radicado desde hace mucho tiempo en París. Löwy analizó en 2005 las relaciones entre ecología y socialismo, concluyendo que se debe revisar críticamente la concepción marxista de fuerzas productivas y romper totalmente con la ideología del progreso, incorporando aspectos éticos.

Los actuales aportes del "socialismo del siglo XXI" no aprovecharon esas reflexiones, y en general acentúan las críticas al capitalismo, pero dejan muchas dudas sobre cuáles son las alternativas concretas que proponen para pasar a un desarrollo post-capitalista. Más allá de los acuerdos o desacuerdos con algunas de esas propuestas, es impactante que sigan sin abordar de manera sustantiva las cuestiones ambientales, y que ello ocurra en América Latina, un continente que no sólo contiene una enorme riqueza ecológica, sino que padece serios y crecientes problemas ambientales.

Por fuera de este terreno, otros intentos de renovación verde de la izquierda partieron desde la "Tercera Vía". Allí se incorporaron algunos temas ambientales, pero, simultáneamente, se despojaba de contenidos clave de la izquierda y, por lo tanto, tampoco ofrece promesas de cambio (véase la defensa de Giddens, 1999, y una crítica en Callinicos, 2002).

Éstas y otras evaluaciones indican que estos esfuerzos de renovación no han logrado incorporar los aspectos ambientales de manera sustantiva. Es más, salvo excepciones, como los planteos son muy genéricos, quedan muchas dudas sobre cuáles son las instrumentalizaciones concretas en la política y gestión del desarrollo.

La permanencia de la ideología del progreso

Los ejemplos presentados muestran que uno de los núcleos centrales del debate ambiental en el seno de los gobiernos progresistas se desenvuelve alrededor de las concepciones sobre el desarrollo y el papel que la naturaleza debe jugar en éste.

Para abordar esta cuestión, en primer lugar, debe quedar en claro que administraciones como las de Lula en Brasil, Correa en Ecuador, Morales en Bolivia o Vázquez en Uruguay representaron un cambio sustancial con respecto a la situación política anterior. Más allá de sus diferentes posturas y énfasis, los gobiernos progresistas rompieron con la ola de reformas neoliberales, reposicionaron el Estado y desplegaron una serie de programas sociales que, en general, han sido muy exitosos en reducir la pobreza y en algunos casos incluso la desigualdad. Por lo tanto, sus estilos de desarrollo no son idénticos a los defendidos desde el reduccionismo neoliberal.

Estos gobiernos y sus corrientes políticas de apoyo generan una versión particular del progreso que exhibe algunas novedades, como una mayor presencia estatal y una clara sensibilidad social. Pero reaparecen las viejas ideas de un desarrollo entendido como un progreso continuado basado en explotar la riqueza ecológica del continente. El crecimiento económico es defendido como el motor de ese progreso, y para conseguirlo se insiste en promover las exportaciones y la captación de inversiones.

Persiste el mito de concebir que cada país tendría enormes dotaciones de riquezas naturales y que el deterioro no es tan grave como el que se observaría en las naciones industrializadas. Bajo esa concepción, los impactos ambientales serían menores y cuando aparecen serían manejables, y si no se puede lidiar con ellos, deberían ser aceptados como inevitables, como "sacrificios" locales necesarios para una bonanza económica nacional. La lucha contra la pobreza pasa a ser un justificativo más de la necesidad de avanzar en el aprovechamiento de los recursos. Los países se mantienen como proveedores de *commodities* en el mercado global, con un papel subordinado (disimulado por el alto precio de las materias primas).

El progresismo actual despliega algunos esfuerzos estatales para regular el mercado y generar medidas de compensación social, pero no discute la lógica de este desarrollo. Es más, poco a poco se difunde la idea de que las riquezas ecológicas no deberían ser "desperdiciadas" y de que la izquierda puede aprovecharlas con mayor eficiencia.

Estos y otros aspectos abordados a lo largo del presente ensayo representan los elementos destacados de una ideología del progreso. Desde ella se construyen diferentes paradigmas de desarrollo, incluyendo las distintas formas de capitalismo que se han vivido en las últimas décadas. Pero esa misma ideología también tiñe y condiciona las alternativas, en especial las de filiación socialista, donde vuelve a aparecer el sueño del progreso continuo y la necesidad de manipular los entornos naturales.

Bajo la ideología del progreso, los reclamos en defensa de la Naturaleza resultan ajenos a la izquierda tradicional: aparecen como frenos ante las urgencias de crecimiento económico, o dificultades para recolectar los recursos financieros para los programas contra la pobreza. Un claro ejemplo de estas resistencias son las réplicas del presidente Evo Morales frente a las protestas de comunidades locales contrarias a la explotación petrolera. Morales se preguntaba en 2009: "¿de qué va a vivir Bolivia si algunas ONGs dicen Amazonia sin petróleo?", y agrega que eso llevaría a que "el pueblo boliviano no tenga plata", y con ello caerían los bonos de asistencia social.³ Más tarde, en 2010, la protesta indígena escaló, se reclamó una "pausa ecológica" y se movilizaron varias organizaciones. Sin embargo, el presidente Morales acentuó su postura, rechazando los mecanismos de consulta a los pueblos indígenas, al considerarlos como una "pérdida de tiempo", cuando la prioridad es "acelerar" los proyectos. Agregó que esas protestas implican rechazar "carreteras, corredores bioceánicos, extracciones mineras", y con ellos caerían los bonos de asistencia social.⁴

Las discusiones sobre una moratoria petrolera en la Amazonia de Ecuador son otro ejemplo. Más allá de su desenlace, es destacable que ese debate tenga lugar, lo que demuestra una mayor amplitud para abordar estas temáticas, mientras que algo similar es por ahora muy difícil, por ejemplo, en Bolivia o Brasil. También en Ecuador se reconoce que la vía extractivista no tiene futuro a mediano y largo plazo, y por lo tanto en su propuesta nacional de desarrollo se apunta a una vía post-extractivista.⁵

3. Agencia Boliviana de Informaciones, La Paz, 10 Octubre 2009.

4. "Dirigente de CONAMAQ dice que para Evo la consulta a indígenas es perder el tiempo", Erbol, La Paz, 15 junio 2010.

5. En ese sentido, la Secretaría Nacional de Planificación y Desarrollo (SENPLADES) de Ecuador, en lugar de ofrecer un programa "nacional de desarrollo", elaboró un "Plan Nacional para el Buen Vivir - Construyendo un Estado plurinacional e intercultural". Allí se postula la necesidad de abandonar la dependencia extractivista.

Apuntes para una renovación ecológica de la izquierda

Los ejemplos precedentes muestran que muchas de las críticas ambientalistas golpean en el centro de la ideología del progreso perpetuo y, a la vez, obligan a reconocer que la justicia social va de la mano de una justicia ecológica. En torno a estos puntos se originan muchos de los desencuentros entre las corrientes de izquierda y el ambientalismo. Sin embargo, las perspectivas verdes que están preocupadas por la justicia o que denuncian los efectos del capitalismo tienen en los hechos una clara filiación de izquierda debido a ese ideal de igualdad. Es evidente, por lo tanto, que todo esto obliga a una renovación ecológica de la izquierda sudamericana. De esta manera, se evidencia una mutua necesidad: una izquierda anclada en el siglo XXI, y en particular una que responda a las circunstancias sudamericanas, necesariamente debe tener un fuerte componente ecológico; a la vez, un ambientalismo comprometido con la naturaleza y la sociedad desemboca inevitablemente en la tradición de izquierda.

En esa rica tradición de la izquierda habrá muchos elementos a rescatar, pero como resultado del análisis precedente, también será necesario abandonar algunas viejas ideas y lanzar nuevas propuestas. Esa tarea requiere que la reflexión teórica se enfoque todavía más en las circunstancias latinoamericanas. Este paso es indispensable, ya que en la izquierda sudamericana persiste una mirada hacia referentes europeos, en particular por su herencia socialista y marxista (en sentido amplio). Esto explica que muchos diálogos teóricos una y otra vez se miren en aquel espejo, lo que se traduce, por un lado, en su apego a las ideas clásicas de la modernidad europea, y por otro, en dificultades para lidiar con las especificidades de América Latina.

A continuación se ofrecen algunos puntos destacables para ese proyecto de renovación verde de la izquierda. No se pretende agotar ese ejercicio, sino apenas señalar algunos elementos clave y en muchos casos urgentes.

Comencemos por el marco histórico: el progresismo latinoamericano se solidifica en los gobiernos *después* de profundas reformas neoliberales, las cuales dejaron más de una huella. Si bien la izquierda responde al rechazo a seguir aquel camino, muchos cambios ya se habían concretado, y el entramado cultural fue modificado sustancialmente hacia posturas más individualistas, competitivas, menos solidarias y más consumistas. Después del ciclo neoliberal nuestras sociedades son otras, con otras aspiraciones, diferentes valoraciones y otras expectati-

vas de cambio, y por lo tanto los ejes para definir “izquierda” y “derecha” se movieron de lugar. Además, se enfrentan serias restricciones, como pueden ser las aspiraciones de consumo material que han cristalizado en amplios sectores sociales o la violencia que se sufre en muchos países. Por lo tanto, una renovación verde de la izquierda es una tarea que es mucho más que política, ya que serán necesarios cambios culturales importantes.⁶

Pero también debemos reconocer que los actuales gobiernos progresistas conquistan los gobiernos años *después* de la crisis y caída del socialismo real y el comunismo. Esa caída ha tenido un importante impacto en los debates teóricos y en las propuestas políticas y no debería ser minimizada (Wright, 2010). Esas lecciones indican que un regreso a una economía centralizada en manos del Estado o decisiones restringidas a burós políticos no tendrán futuro. De esta manera, emerge la necesidad de determinar los lugares que deberán ocupar los mercados pero a la vez asegurar también un control social sobre el Estado.

Las necesidades económicas de los gobiernos, la urgencia de implementar planes sociales y hasta la pasada bonanza de altos precios en las materias primas desembocaron en mantener la presión sobre los recursos naturales. Casos como el extractivismo clásico o el neo-extractivismo explican tanto el deterioro ambiental como las dificultades en cambiar de rumbo.

Poco a poco, el progresismo gobernante terminó aceptando el capitalismo, aunque bajo ciertas condiciones, asumiendo que el Estado podría amortiguar o manejar sus efectos más perversos, especialmente en el terreno social. Se aceptó la posibilidad de un “capitalismo benévolo”, que está muy cercano en algunas de sus ideas a la vieja socialdemocracia europea del siglo XX, pero que genera una fuerte tensión con las aspiraciones del socialismo clásico, que siempre rechazó al capitalismo.

Las corrientes de izquierda dentro del ambientalismo dejan en claro que bajo el capitalismo actual no se pueden abordar de manera seria y efectiva los problemas ambientales.

6. Un aspecto clave que aquí no se explora en detalle es la necesidad de fortalecer la política, incluyendo asuntos como democratizar la vida pública, reformar los sistemas de partido, erradicar la corrupción tanto en los partidos como en el Estado, etc. Los escándalos de corrupción, como los que han sufrido las administraciones de N. Kirchner o Lula da Silva no sólo tienen un flanco ambiental (ya que es imposible aplicar efectivamente la normativa ambiental bajo esas condiciones), sino que erosionan la política como un todo.

7. Otros aspectos importantes no son analizados por motivos de espacio. Entre ellos se deben destacar los aportes del feminismo, los desafíos impuestos por la sociedad civil latinoamericana, las demandas de radicalización de la democracia, etc.

Reconocen que se pueden lograr medidas paliativas, de tipo instrumental, tales como poner filtros en las chimeneas de las fábricas o mejorar los tratamientos de efluentes contaminantes, pero el "capitalismo benévolo" no representa ninguna solución real. Como alternativa real, este ambientalismo reclama profundas modificaciones en los patrones de consumo y en las concepciones de desarrollo, y por lo tanto su visión de futuro está más allá del capitalismo contemporáneo y de sus bases filosófico-políticas. De esta manera, la izquierda verde es post-capitalista y, a la vez, se ubica más allá del liberalismo y el utilitarismo, recuperando algunos elementos de la tradición clásica del socialismo.

Sin embargo, los encuentros y desencuentros conceptuales entre algunas corrientes del ambientalismo y otras del socialismo son por demás complejas (véase, por ejemplo, Dobson 1997). En ese amplio conjunto, y atendiendo a los objetivos del presente ensayo, es necesario destacar algunos puntos. Por un lado, como ya se señaló, existen acercamientos en la crítica al capitalismo y en el compromiso con la justicia y la igualdad. Pero por otro lado, hay diferencias sustanciales en varios aspectos. A continuación se indican algunos de los más destacados, que giran en torno a las ideas de abundancia y escasez, a la fe en el progreso, a la diversidad cultural (especialmente el papel de los pueblos indígenas) y a las posturas éticas.⁷ Esto hace que la crítica ecológica de izquierda también sea, en varios aspectos, post-socialista.

La idea de la abundancia, defendida por el marxismo clásico, está reñida con los evidentes límites ecológicos al desarrollo. El ambientalismo insiste en que nos enfrentamos a un futuro de escasez: los recursos naturales son limitados, las capacidades de los ecosistemas de amortiguar los impactos son acotadas y en muchos casos la destrucción ambiental ha sido severa. Asimismo, la desaparición de recursos clave como el petróleo o los colapsos ecológicos a escala planetaria, como el cambio climático, se muestran como posibilidades cercanas.

A nadie escapa, ni a los propios defensores del capitalismo, que los límites ecológicos aparecen como mucho más cercanos, y es evidente que ya están generando profundas restricciones y que demandan respuestas concretas. Por lo tanto, la inviabilidad del capitalismo se demuestra (también) desde el actual pensamiento verde de izquierda. Esa inviabilidad descansa no sólo en factores "internos" propios de la dinámica capitalista, sino en varios factores "externos" (como el agotamiento de los recursos naturales, el cambio climático global o el colapso de ciertos ecosistemas). En cambio, los marxismos clásicos insistían

en esas dinámicas "internas", denunciando su inviabilidad en el largo plazo debido a sus propias contradicciones internas. Se enfocaron en modelos que seguían diferentes etapas y el concurso de actores clave, en una secuencia que no se ha confirmado y que actualmente es motivo de muchas dudas y críticas (Wright, 2010). Han existido algunas excepciones en esas corrientes mayoritarias, como la conceptualización de una segunda contradicción del capitalismo, de tipo ecológica, defendida por O'Connor (1998).

Una izquierda verde también hace que la crítica al capitalismo sea más profunda, alcanzando a la ideología del progreso sobre la cual descansa. Los sueños del progreso expresados en las actuales estrategias de crecimiento económico, de alto impacto ambiental y muy dependientes de las exportaciones de recursos naturales, no tienen futuro. Es un camino de altos costos sociales y ambientales, incluyendo la acumulación de impactos ambientales (por ejemplo con la minería) y limitado por la dotación acotada de recursos como el petróleo (véase el trabajo clásico de Nisbet, 1980).

Reconocidas esas limitaciones, muchos esperaban un cambio de rumbo con los gobiernos progresistas, especialmente a fines de la década de 2000, cuando los países industrializados se vieron sumergidos en una gravísima crisis económico-financiera. Muchos pensaban que esos y otros factores pondrían en jaque al capitalismo, y se abrirían nuevas oportunidades para que las corrientes latinoamericanas de izquierda profundicen la búsqueda de alternativas. Sin embargo, eso no ha sucedido y, por el contrario, todos los países intentaron reforzar sus roles como proveedores de materias primas en los mercados globales. Por si eso fuera poco, varios gobiernos progresistas sudamericanos han salido en defensa del capitalismo actual, insisten en fortalecer sus instituciones de gobernanza planetaria (como la Organización Mundial de Comercio) y se han volcado a financiar la expansión de sus propias corporaciones.⁸ Los intentos de integración autónoma regional no avanzan o, como en el caso del Banco del Sur, lo hacen muy lentamente.

8. El caso más claro es Brasil, país donde se destinan enormes financiamientos públicos, por medio del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), a la expansión de grandes empresas brasileñas en países vecinos y a escala global.

La nueva crítica ambiental sostiene que ya no basta con pensar desarrollos alternativos, sino que es indispensable construir alternativas a la idea misma de desarrollo. De esta manera, advierte que la propiedad de los medios de producción no resuelve los problemas

de justicia social y ecológica (tal como acreditan las protestas e impactos alrededor de las explotaciones petroleras en manos de empresas estatales, como PDVSA de Venezuela), sino que también es indispensable reformular sustancialmente la esencia de los procesos productivos, las ideas sobre el desarrollo como discurso, como institucionalidad y como cultura.

Estos y otros ejemplos muestran que la izquierda convencional sigue defendiendo una visión material del desarrollo, directamente anclada en la idea de progreso, que necesariamente seguiría una trayectoria histórica y se apoyaría en la ciencia y la técnica. Bajo esas ideas, la Naturaleza es una canasta de recursos que debe ser aprovechada. Esta insistencia no puede sorprender, en tanto la ideología del progreso es parte del proyecto de la modernidad, donde también están cobijadas buena parte de las corrientes socialistas. Es una cultura profundamente arraigada y por lo tanto muy resistente a los cambios. Esto explica las resistencias que existen al lidiar con la temática ambiental desde la izquierda convencional o las limitaciones en la renovación del "socialismo del siglo XXI".

Este choque de "mundos" también se expresa frente a la diversidad de posturas en el seno de las sociedades sudamericanas y, en especial, bajo el actual protagonismo indígena y campesino. En efecto, algunas de sus expresiones no encajan en la modernidad europea, e incluso defienden visiones de la Naturaleza que están reñidas con la ideología del progreso. La izquierda convencional ha tenido distintas dificultades en lidiar con esta diversidad cultural (desde las resistencias que décadas atrás sufriera José Carlos Mariátegui a las actuales limitaciones de los teóricos del "socialismo del siglo XXI" en darle un lugar a la "indianidad"). Es evidente que el papel de esos actores tampoco se corresponde con las posturas convencionales sobre las clases sociales o sobre el proletariado como sujeto clave de cambio. Esta diversidad tampoco puede ser adecuadamente contemplada bajo el paraguas del "multiculturalismo" liberal. Algunas de sus manifestaciones plantean condiciones, exigencias y enseñanzas sobre los temas ambientales, en tanto son parte de formas alternas de percibir, valorar y lidiar con la naturaleza, muchas de ellas alejadas del proyecto de la modernidad y que, por lo tanto, no pueden ser resueltas desde sus propias categorías de análisis. Esto hace que cualquier abordaje ambiental que se haga desde el espíritu de la izquierda deba estar anclado en esa diversidad de perspectivas.

El papel de los valores

Otro nudo conceptual radica en las posturas éticas. El ambientalismo de izquierda transita con mucha comodidad este terreno, ya que invoca compromisos éticos con las generaciones futuras, defiende la pluralidad de valoraciones sobre el ambiente, e incluso, en algunos casos, reconoce los valores propios en la Naturaleza. En cambio, en especial los marxismos, se han movido con dificultad en ese terreno por su distancia con los intentos conceptuales normativos, aunque por otro lado siempre han invocado la conquista de una sociedad más justa (Arnsperger y Van Parijs, 2002).

La problemática de los valores es clave, en tanto el eco-socialismo ha sido presentado como una alternativa no capitalista que regresa a la predominancia del valor de uso en lugar del valor de cambio de los recursos naturales (ver, por ejemplo, Riechmann, 2006). Esto es sin duda un avance, pero el problema es que de todas maneras se insiste en una valoración instrumental, donde se permanece dentro del antropocentrismo.

En cambio, otras corrientes del ambientalismo van más allá de ese tipo de valoración y reconocen los valores intrínsecos (valores propios) del ambiente. Las discusiones alrededor de esta cuestión han ganado intensidad después de la sanción de los derechos de la Naturaleza en la nueva Constitución de Ecuador. De esta manera, esta postura se convierte en otro flanco de quiebre frente a las ideas convencionales propias de la modernidad, ya que repetían una perspectiva antropocéntrica, disociando la sociedad de la naturaleza e insistiendo en talentos instrumentales y utilitarias.

Siguiendo este recorrido, desde los valores intrínsecos en la Naturaleza se llega a una postura biocéntrica que no sólo permite abandonar el uso instrumental del ambiente, sino que también permite salir del callejón del progreso defendido por la modernidad. En efecto, eso permite abrazar otras posturas sobre el desarrollo, enfocadas claramente en la calidad de vida de las personas y la conservación del ambiente. Un intento destacable en ese sentido ha sido comenzar a construir el concepto de "buen vivir", incorporando la diversidad cultural propia de la región, tal como atestigua la invocación al "sumak kawsay". En este caso, una vez más, los debates más interesantes están en marcha en Ecuador, ya que ese desplazamiento del clásico énfasis desarrollista está reconocido en su nueva Constitución.

Los desafíos pendientes

Los diferentes aspectos considerados a lo largo del presente ensayo muestran que la temática ambiental impone interrogantes y cuestiones que ponen en tensión las corrientes políticas contemporáneas. El amplio abanico de la izquierda no escapa a esa circunstancia, aunque posiblemente las tensiones sean allí más intensas precisamente porque ésta se encuentra con muchas corrientes verdes en su compromiso con la igualdad y la justicia.

Los gobiernos progresistas representan, sin duda, cambios sustanciales, y se acercan a la tradición de la izquierda por sus esfuerzos en combatir la pobreza. Pero, por otro lado, se mantienen dentro del proyecto cultural de la modernidad: generan sus propias estrategias de desarrollo, pero siguen atados a la ideología del progreso.

Sin embargo, la crisis ambiental pone en entredicho la viabilidad de un progreso perpetuo. Simultáneamente, diversos conflictos y protestas ciudadanas, especialmente frente al extractivismo, alertan sobre la continuidad de los impactos sociales y ambientales. Como muchos de esos reclamos comulgan con el espíritu de la izquierda, en tanto son luchas por la igualdad y la justicia, tanto social como ambiental, no se los puede rechazar como ejemplos de resabios neoliberales o posturas conservadoras.

De esta manera, se desemboca en una situación donde el ambientalismo de izquierda le pide al progresismo sudamericano que sea menos "progresista" y más de "izquierda". Esto implica comenzar a desmantelar la ideología del progreso, por lo cual la tarea de renovación verde de la izquierda es tanto política como cultural, y comenzar a sopesar transiciones a un desarrollo post-extractivista. Será necesaria una actitud de mayor apertura para dialogar con los saberes indígenas y tradicionales y con nuevas miradas conceptuales, como las críticas del feminismo. También se debe ir más allá de la justicia económica, para ampliar el compromiso de lucha por la igualdad, donde la justicia no solo se extiende a otras esferas sociales, sino que también es ambiental. Estos y otros componentes indican un camino que en su esencia es una crítica transformadora del proyecto de la modernidad.

Estas tareas no son sencillas, y por cierto existen tradiciones, costumbres y hasta celos que tienen una larga historia, pero que necesariamente deberán ser superados. Es que en América Latina, la izquierda tiene que ser necesariamente verde para mantener su espíritu y abordar los desafíos del siglo XXI.

Bibliografía

- Acosta, Alberto. *La maldición de la abundancia*. Quito: CEP, SwissAid y AbyaYala, 2009.
- Alimonda, Héctor. "Una herencia en Comala. Apuntes sobre ecología política latinoamericana y la tradición marxista". *Ambiente & Sociedad* 9: 1-18, 2001.
- Arnsperger, Christian y Van Parijs, Philippe. *Ética económica y social. Teorías de la sociedad justa*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- Bobbio, Norberto. *Derecha e izquierda. ¿Existen aún la izquierda y la derecha?* Madrid: Suma de Letras, 2001.
- Boron, Atilio. *Socialismo siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?* Buenos Aires, Ediciones Luxemburg, 2008.
- Bradshaw, C.J.A., X. Gima y Sodhi, N.S. Evaluating the relative environmental impact of countries. *PLoS ONE* 5 (5): e10440, 2010.
- Callinicos, Alex. *Contra la tercera vía. Una crítica anticapitalista*. Barcelona: Crítica, 2002.
- CLAES. *Tendencias en ambiente y desarrollo en América del Sur. Cambio climático, biodiversidad y políticas ambientales*. Montevideo: Centro Latino Americano Ecología Social, 2010.
- Capriles, Elías. "¿El ecosocialismo como vía hacia el comunismo? Una propuesta pragmática". *Humanía al Sur* 2(2): 85-15, 2007.
- Dieterich, Steffan, H. *El socialismo del siglo XXI*. México, 2008.
- Dobson, Andrew. *Pensamiento político verde. Una nueva ideología para el siglo XXI*. Barcelona: Paidós, 1997.
- Fals Borda, Orlando. *Hacia el socialismo raizal y otros escritos*. Bogotá: Ediciones CEPA y Desde Abajo, 2007.
- Foster, J.B. *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*. Barcelona: El Viejo Topo, 2004.
- Giddens, Anthony. *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. Madrid: Taurus, 1999.
- Gudynas, Eduardo. *Ecología, economía y ética del desarrollo sostenible*. Quito: ILDIS y AbyaYala, 2003.
- Gudynas, Eduardo. *El mandato ecológico. Derechos de la Naturaleza y políticas ambientales en la nueva Constitución*. Quito: AbyaYala, 2009a.
- Gudynas, Eduardo. Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo. Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual, En: varios autores. Quito: CAAP (Centro Andino de Acción Popular) y CLAES (Centro Latino Americano de Ecología Social), pp 187-225, 2009b.
- Gudynas, Eduardo. Si eres tan progresista ¿Por qué destruyes la Naturaleza? Neextractivismo, izquierda y alternativas. *Ecuador Debate*, No. 79: 61-81, 2010.
- Löwy, M. *Ecología e socialismo*. Sao Paulo, Cortez Editora, 2005.
- Monedero, J.C. "Los socialismos del siglo XXI: reinventar la teoría política a la luz de la práctica revolucionaria", En: *Volver al futuro. La búsqueda de un socialismo latinoamericano*, G. Ayala Cruz (comp.), pp 183-209. Quito: La Tierra, 2008.
- Nisbet, Robert. *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa, 1980.
- O'Connor, James. *Natural causes. Essays in ecological Marxism*. New York: Guilford Press, 1998.
- Ovejero Lucas, Félix. *Proceso abierto. El socialismo después del socialismo*. Barcelona: Tusquets, 2005.
- Riechmann, Jorge. "La crítica socialista al capitalismo", En: *La izquierda verde*, A. Valencia Sáiz (ed.), pp 67-111. Barcelona: Icaria, 2006.

Sabbatella, Ignacio. Crisis ecológica y subsunción real de la naturaleza al capital. *Iconos* 36: 69-80, 2010.

Saint-Upéry, Marc. *El sueño de Bolívar. El desafío de las izquierdas sudamericanas*. Barcelona: Paidós, 2008.

Wright, Eric O. *Preguntas a la desigualdad. Ensayos sobre análisis de clase, socialismo y marxismo*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2010.